

I CONGRESO LATINOAMERICANO DE TEORÍA SOCIAL

<<LA SUBJETIVIDAD DE LA ÉPOCA>>: ENTRE LA EROSIÓN DEL “YO” Y LA CUESTIÓN DEL SUJETO

Nombre y apellido: John Jairo Cuevas Mejía

Pertinencia Institucional: Profesor-Investigador Departamento Contabilidad-Finanzas, Pontificia Universidad Javeriana Cali, Colombia.

Correo electrónico: jjcuevas@javerianacali.edu.co

Mesa temática: Psicoanálisis y Teoría Social - Enlaces (Mesa 9)

Resumen: La ponencia ofrece una mirada sobre el sujeto como punto de partida para problematizar algunos de los matices que vertientes de la teoría social contemporánea han ofrecido acerca de él. Para esto, se propone, en un primer momento, asumir la expresión lacaniana *subjetividad de la época* como deriva que permita dar cuenta de los cambios que Charles Melman y Jean Pierre Lebrun han denominado como la *Nueva Economía Psíquica*, por el lado del psicoanálisis, y que Dany-Robert Dufour ha advertido bajo la forma de una mutación antropológica, por el lado de la filosofía. En un segundo momento, y al dar marco a la naturaleza de la *subjetividad de la época*, se discutirá la conformación de la subjetividad política tomando como eje disparador lo que será presentado como *El dispositivo Beckett* y su triple cuestionamiento *¿Dónde ahora? ¿Cuándo ahora? ¿Quién ahora?*. De esta manera, el enlace entre psicoanálisis y teoría social se delinearé por el camino de las *malas noticias* sobre el sujeto de las que es portador el psicoanálisis, tal como ha sido anunciado por Jorge Alemán. Por último, se presentarán las conclusiones provisionales y algunas reflexiones finales sobre la cuestión del sujeto.

“¿Dónde ahora? ¿Cuándo ahora?
¿Quién ahora?”
Samuel Beckett (El innumerable)

“Yo sólo soy casualmente yo”
Peter Handke (Gaspar)

Preámbulo

Perfilar una respuesta a la pregunta por la naturaleza del sujeto que ha producido la *cultura contemporánea*¹ resulta de interés para las líneas que siguen. El triple interrogante

¹ La alusión a la cultura contemporánea tiene que ver, en esencia, con la dificultad de poder decantar un concepto que aclare el fenómeno que en la actualidad tiene ocurrencia en la sociedad occidental. La *hipermodernidad* de Lipovetsky (2006), la *sobremodernidad* de Augé (2002), la *posmodernidad* de Vattimo (1994) y Dufour (2007), entre otros autores, permiten afirmar que la sociedad occidental, entrada la segunda mitad del siglo XX, dio inicio a una serie de cambios que han afectado la comprensión de la condición humana. En tal sentido, la alusión

“¿Dónde ahora? ¿Cuándo ahora? ¿Quién ahora?” que abre la novela *El innombrable* de Samuel Beckett, cifra el sentido de la pregunta por el sujeto contemporáneo. En qué espacio (¿Dónde?), en qué tiempo (¿Cuándo?) y qué sujeto (¿Quién?) hoy (*ahora*) camina por el mundo. Esta pregunta Beckettiana hace posible notar que, al menos a partir de la segunda mitad del siglo XX, la garantía ontológica sobre la que descansara el sujeto moderno dio comienzo a su desvanecimiento.

Mientras que esa *causalidad del yo* a la que se refiere Handke al finalizar su pieza de teatro *Gaspar*, viene a sumarse a la marejada de incertidumbre acerca del sujeto contemporáneo. El advenimiento del *yo* como instancia requerida para tener un lugar en el mundo y poner en marcha la maquinaria de los intercambios simbólicos, favorece a la existencia del sujeto hablante, del sujeto sujetado al lenguaje al que se refiere Lacan (2007). No obstante, con Handke y parte de la literatura alemana de la segunda mitad del siglo XX (por ejemplo la obra de Thomas Bernhard), se da comienzo a la puesta en duda de las certezas en que se cifrara la naturaleza de tales intercambios.

La sociedad contemporánea, a causa de los avances tecnológicos y de la consolidación de los *mass media* como referentes y anclajes para la producción de la economía simbólica del sujeto actual, ha sido en buena parte responsable de la saturación del “yo” (Gergen, 2006); lo que ha propiciado que la comunicación haya degenerado en incomunicabilidad. Parte de la obra de Handke pone en evidencia los problemas de comunicación de la sociedad contemporánea; ejemplo de ello es su novela *El miedo del portero ante el penalty* en la que resulta común observar a su protagonista *Josef Bloch* implicado en situaciones nada trascendentes y donde la incomunicabilidad se torna constante:

Pero ella abrió el grifo en aquel momento, así que le pidió que repitiera la frase. Bloch contestó entonces, que en la habitación había demasiados armarios, arcones y cómodas. La muchacha replicó que sí y que sin embargo en la fonda faltaba personal, como probaba la confusión anterior que seguramente en su caso, se había debido al agotamiento. Bloch contestó que no se había referido a eso al hacer la observación sobre los armarios, solamente quiso decir, que apenas se podía mover uno en la habitación (Handke, 1970, p. 49).

Así, los sujetos se debaten en *intentos de decir* que al final fracasan en una imposibilidad de llevar a feliz término el acto de comunicación. De tal suerte, la cultura contemporánea ha contribuido a la emergencia de un sujeto que, por un lado, al final no sabe *dónde* y *cuándo* tiene sentido su ocurrencia y, por el otro, habla con tan alto grado de

a la noción de *cultura contemporánea* en este ensayo se realiza bajo el reconocimiento de esta serie de asunciones acerca de los cambios que han venido teniendo ocurrencia.

saturación que no logra comunicarse. Pese a esto, este sujeto, tal como lo ve Beckett, no puede callarse:

[...] para lo que se requiere valor es para callarse, pues se nos castigará, castigarán a uno por haberse callado, y, sin embargo, no se puede hacer otra cosa que callarse, que ser castigado por haberse callado, que ser castigado por haber sido castigado, pues se vuelve a empezar, el aliento falta, con sólo que hubiera una cosa, más he aquí que no la hay, fueron ellos los que al partir se llevaron las cosas, se llevaron la naturaleza, nunca hubo nadie, nunca hubo nada, nadie más que yo, nada más que yo, hablándome de mí, imposible detenerme, imposible seguir, pero debo seguir, voy, pues, a seguir, sin nadie, sin nada más que yo, que mi voz mía, esto es, voy a detenerme, voy a terminar, ya es el fin, el fin que empieza, que no será un fin [...] (Beckett, 2012b, pp. 194-195).

Ante esta imposibilidad, en el sujeto de la cultura contemporánea se han empezado a advertir comportamientos que lo hacen cada vez más cercano de los denominados *estados límite*; una serie de manifestaciones en el orden de lo discursivo ponen en evidencia la estructura de tendencia esquizoide del sujeto contemporáneo. Siguiendo con Beckett, “*imposible detenerme, imposible seguir*” o “*el fin que empieza, que no será un fin*” hacen parte del conjunto de afirmaciones antinómicas² que ejemplifican los rasgos de la locura unaria³ presentes en la estructura del nuevo sujeto en la sociedad contemporánea (Dufour, 2007b).

La obra de Samuel Beckett, en especial su novela *El innombrable*, constituye un punto de partida necesario para comprender aquello que la novela clausura de la modernidad literaria: la instancia que dice “yo”. La escritura y la voz del narrador del *El innombrable* se astillan en una especie de rizoma, múltiples conexiones que marcan las reterritorializaciones/desterritorializaciones en la superficie del texto donde la voz narrativa consigue hacer consciencia de lo que significa ser aprehendido por el lenguaje; lo que, en últimas, deriva en renunciar a cruzar por alguna de sus puertas. Por esta razón, esa voz no es un sujeto en el sentido de haber sido parasitado por el lenguaje, no es el sujeto sujetado al lenguaje. Es una voz que se resiste a entrar a la jaula del lenguaje que, siguiendo con Beckett, no es otra que “yo”: “[...] basta de esa p. primera persona, acaba uno por hartarse, no se trata de ella, voy a concitarme molestias”.

Esta puesta en tensión del lenguaje en la novela de Beckett, una tensión fruto del

² El diccionario de la RAE define una antinomia, en su segunda acepción, como sigue: *contradicción entre dos principios racionales*.

³ Por lo pronto, basta con hacer mención de la autorreferencia como condición del sujeto preso de la locura unaria. Un sujeto que se refiere a *sí mismo*; una *mismidad* ajena a cualquier signo de alteridad.

intento de apresar la vida, se muestra como un interesante ejemplo de la erosión del “yo” y de su reconocimiento como mero hecho de ficción (Beckett, 2012c). El triple interrogante “¿Dónde ahora? ¿Cuándo ahora? ¿Quién ahora?” se presenta entonces como la fragmentación de las coordenadas espaciales, temporales e identitarias para el sujeto que hace su ingreso a la sociedad contemporánea. La novela de Beckett anticipa la entrada en crisis del subjetividad contemporánea, una crisis que, recordando a George Steiner (1990), es una crisis de la palabra. Dicho de otro modo, esta operación literaria⁴ llevada a cabo por Samuel Beckett representa un ejercicio de puesta en cuestión del sujeto y de la sociedad de posguerra. ¿Dónde ahora? ¿Cuándo ahora? ¿Quién ahora? es el cuestionamiento con el que Beckett pone en evidencia el hiato, la hendidura que la *experiencia concentracionaria* produjo en el sujeto y en la cartografía simbólica de Occidente. Por lo que el cuestionamiento de Beckett recae sobre el espacio, el tiempo y el sujeto discursivos, o lo que es lo mismo del sujeto sujetado al lenguaje, a su consistencia en el espacio y su subsistencia en el tiempo del discurso.

Darle un lugar a esta cuestión del sujeto, demanda al menos en parte trazar las coordenadas acerca de qué se habla cuando se habla de sujeto. Si se acepta el postulado neoténico de la condición humana, lo que supone advertir la “*prematuration específica del nacimiento del hombre*” (Lacan, 2007, p. 102), se sabe entonces que el estado de insuficiencia natural del neoteno lo condena irremediabilmente a ser doble naturaleza. El ser humano no solo nace de y es sujeto de la especie, sino también que adviene al mundo de la cultura como segunda naturaleza; Cyrulnik (2004) va a zanjar la discusión radicalizando la visión del ser humano como cien por cien naturaleza al tiempo que cien por cien cultura. Así, el ser humano está en una doble condición de sujeto de la escritura, a la de la especie cuya Ley es una escritura endosómica y a la del signo que es una ley de escritura exosomática.

El reconocimiento de esta doble naturaleza de la condición humana permite pensar, por una lado con Beckett en los distintos recubrimientos o ensamblajes necesarios que hacen de un hombre un hombre, pues su *Innombrable* no es otra cosa que aquello que se resiste a aceptar el pasaje hacia el lenguaje al costo de la experiencia fragmentada de los órganos, la no distinción del adentro y el afuera, la imposibilidad de la vivencia en el tiempo y el espacio del discurso; y por el otro con Primo Levi es posible preguntar *si ¿esto es un hombre?* si aquello que se pone en marcha en una sociedad que no se reconoce sino en el espejo de lo utilitario aún existe como tal, a pesar del colapso de la función referencial del proyecto cultural de la

⁴ Esta operación hace referencia a la trilogía de novelas *Molly - Malon Muere - El Innombrable* y a las piezas de teatro *Esperando a Godot* y *Fin de Partida*.

modernidad en las sociedades donde la democracia de masas se impone como forma de gobierno dominante.

El planteamiento anterior buscar situar la discusión sobre la construcción de las identificaciones políticas en el momento previo a la identificación, es decir al momento de la emergencia del sujeto. Esta operación analítica tiene como fin establecer un diálogo con el dispositivo Laclau-Mouffe⁵ respecto de lo que podría ser llamado, a riesgo de imprecisión, *su concepción lacaniana de la sociedad*. Si bien el encuadre analítico para la operación del dispositivo Laclau-Mouffe tiene como terreno natural la construcción de las subjetividades políticas, es importante repensar este dispositivo en función *de la subjetividad de la época* (Lacan, 2007, p. 308). Esto es, identificar las implicaciones que tiene sobre este dispositivo la crisis de los Nombre-del-padre que desde el Lacan de los *Complejos Familiares* se anunciaba como la crisis de la función paterna o, lo que es lo mismo, la referencia fundadora (Lebrun, 2003; Melman, 2003).

Como lo que se propone es un diálogo, el dispositivo con el que se propone establecer este diálogo es con el también dispositivo Beckett. La operación que este otro dispositivo realiza sobre el sujeto es una suerte de desacomplamiento de su conformación subjetiva, lo que pone en evidencia no solo la materia de la que está hecho aquello a lo que se llama sujeto, con todo y sus ensamblajes, sino también permite advertir las consecuencias para el *ser-en-conjunto* del agujero que la *forma concentracionaria* dejó entrever en el *Otro*. *Esperando a Godot* es el nombre de un vacío, de una nada que, en la época de la erosión de los metarrelatos, de la caída de los marcos de referencia, tiene consecuencias que tendrán que ser consideradas por sus efectos en la forma en la que se establecen los lazos sociales.

Si lo social es el campo para la disputa hegemónica de los significantes vacíos, se torna necesario problematizar no solo a dichos significantes, sino también al tipo de sujeto que estos representan. Si el sujeto lacaniano *es lo que representa un significante para otro significante* (Le Gaufey, 2010, p. 8), mientras que para el dispositivo Laclau-Mouffe el sujeto se refiere siempre a “‘posiciones de sujeto’ en el interior de una estructura discursiva” (Laclau & Mouffe, 2004, p. 156), es necesario entonces problematizar las consecuencias de esta operación sobre la noción de sujeto que lleva a cabo el dispositivo Laclau-Mouffe. La ruta de esta problematización puede advertirse en las consideraciones de Žižek (2000) sobre el *sujeto*

⁵ Si bien a la noción de dispositivo no se le ha asignado un uso metodológico o epistémico en el vocabulario lacausiano, el uso aquí se justifica por el propósito de connotar las diversas operaciones conceptuales y metodológicas, la disposición de lugares, las formaciones y prácticas de discurso que el aporte de Laclau y Mouffe (2004) implica al operar sobre lo social, la sociedad y la construcción de subjetividades políticas.

lacaniano como antagonismo ‘puro’, como mera imposibilidad y las *posiciones de sujeto* como proceso de subjetivación a partir del cual se le hace frente al trauma ineludible que implica la experiencia en sí de ser sujeto. A la luz de esta distinción se establecerá el diálogo entre el dispositivo Laclau-Mouffé y el dispositivo Beckett, reconociendo de antemano que este procedimiento lo que busca es emplazar estos dos dispositivos en la *subjetividad de la época*.

Con el fin de acotar esta operación dialógica, se desarrollarán dos derivas como consecuencia del análisis: La primera tiene que ver con la aporía que se abre sobre el sujeto: el sujeto del lenguaje desvanece toda condición positiva del sujeto, pues es la lengua la que habla y no el sujeto. La segunda tiene que ver con la comprensión de la palabra como contrato y el *Otro* como su garante simbólico: los sujetos hablantes (*parlêtre*) necesitan del *Otro* como garante de los intercambios simbólicos, lo que tiene por consecuencia abrir el inconsciente al campo de la política; recordando a Lacan, *el inconsciente es la política* (Dufour, 2007b, 2007c). Las líneas que siguen aspiran entonces a desarrollar de manera más amplia estas ideas siempre advirtiendo como telón de fondo la *subjetividad de la época*.

La subjetividad de la época: la crisis del lenguaje como crisis de la cultura y del sujeto

El denominado *giro lingüístico* hizo énfasis en una nueva comprensión del rol del lenguaje. La concepción que hacía del lenguaje un medio de comunicación, un medio que a partir de la producción de mensajes facilitaba la comunicación entre los hombres, tuvo que ser reformulada. El lenguaje, con mayor fuerza en la primera mitad del siglo XX⁶, pasó no solo a desempeñar una función comunicativa, sino, más bien, constitutiva del tejido de la realidad y del sentido. Es en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial donde, con mayor notoriedad, se logra percibir el *giro lingüístico* pues sus efectos se hicieron sentir con más severidad en la condición subjetiva de los individuos. En el epígrafe con el que se abrió este documento, la voz que gobierna la narración en *El innombrable* de Samuel Beckett se pregunta “¿Dónde ahora? ¿Cuándo ahora? ¿Quién ahora?”, lo que hace de este triple interrogante una suerte de desconcierto que, posterior al periodo entre guerras, se adueñó de la subjetividad occidental.

Así, este extravío que se apoderó de la cultura trascendió, en una proporción mayor, a la lengua. Paul Celan, uno de los mayores poetas de la Europa de posguerra, con motivo de la

⁶ El giro lingüístico tiene ocurrencia en mayor medida en la primera mitad del siglo XX, sin embargo, durante el siglo XIX, fundamentalmente Nietzsche, hizo parte de quienes le asignaron una función al lenguaje más allá de la comunicación.

recepción del premio de literatura de la ciudad Hansiática de Bremen, declaró lo siguiente:

Sí, la lengua no se perdió a pesar de todo. Pero tuvo que pasar entonces a través de la propia falta de respuesta, a través de un terrible enmudecimiento; pasar a través de múltiples tinieblas del discurso mortífero. Pasó a través y no tuvo palabras para lo que sucedió [...] En esa lengua he intentado escribir poemas en aquellos años y en los posteriores: para hablar, para orientarme, para averiguar dónde me encontraba y a dónde ir, para proyectarme una realidad (Celan, 2013, pp. 497-498).

El desconcierto, en parte, fruto de la crisis del lenguaje, una crisis que se acentúa a partir de la banalización de los recursos lingüísticos puestos al servicio de la barbarie, ocasionó que la lengua se fracturara respecto de lo que nombra. Por tal razón, pasada la segunda mitad del siglo XX, se pone en cuestión la capacidad del lenguaje para representar la realidad, se astilla toda forma que garantizara la correspondencia entre las palabras y las cosas. Es el totalitarismo programático anudado al discurso de la ciencia, en buena medida, responsable de la subversión de las leyes del lenguaje, o lo que es lo mismo, el causante de la operatividad técnica que arranca al hombre contemporáneo de su inmanencia simbólica (Lebrun, 2003).

Vista así, la crisis del lenguaje es también una crisis de la cultura. Dufour (2007a) refiere que la época posterior a la Segunda Guerra Mundial es un periodo de disolución de las bases que habrían soportado a la denominada época moderna; por lo tanto, el ingreso en la posmodernidad no deja indemne al sujeto. A esta condición se refieren Melman (2003) y Lebrun (2003) con la emergencia de una *Nueva Economía Psíquica*, pues advierten que los cambios propiciados por la experiencia del totalitarismo pragmático gestado en Auschwitz y propagado en la actualidad bajo la forma del discurso de la ciencia⁷, ha supuesto la conformación de una nueva matriz simbólica y por tanto una nueva forma de administrar el goce por la vía de su promoción a todo costo. Este hecho tiene por consecuencia, siguiendo a Lebrun (2003), la subversión de las leyes del lenguaje, esto es, la metáfora y la metonimia.

Las consecuencias de haber ingresado a una economía simbólica organizada alrededor del acceso al objeto, como resultado de un social emplazado por el discurso de la ciencia en donde se habilita el todo es posible inmanente a la técnica, ha implicado que el lenguaje pierda su eficacia simbólica como consecuencia del ascenso al cenit social de un lenguaje técnico cuya efecto es agenciar una economía simbólica cada vez más organizada en torno de

⁷ Lebrun (2003, 2010) observa cómo el discurso de la ciencia se constituye en un discurso sin enunciación. Este consiste en suprimir todo rastro del sujeto, es decir, producirse como un discurso de enunciados sin enunciación. Esta característica, advierte Lebrun (2003, 2010), tiene diversas consecuencias en la conformación de los lazos sociales.

la información, la cifra y el dato. Es esta, en esencia, la subversión de las leyes del lenguaje fruto de la proliferación de prótesis sensoriales (televisión, celulares, laptops, etc.) que alteran la consistencia del espacio y la subsistencia en el tiempo del discurso: ahí, aquí, allí, ahora, antes y el después. En últimas, es el sistema ternario del “yo” (presente), el “tú” (copresente) y “él” (ausente), garante del acceso a la función simbólica, el que ha sido alterado como resultado de la nueva economía simbólica en donde la ausencia de referencias fundadoras, de Grandes Sujetos o del Gran Otro, tiene por efecto un sistema basado no en la representación del objeto sino en su presentación.

La obra literaria de Samuel Beckett se constituye en una muestra de la problemática por la que debió atravesar el sujeto y los subsecuentes problemas de comunicación asociados a esta crisis del lenguaje⁸. No debe perderse de vista que, a partir del denominado *giro lingüístico*, el lenguaje deja de ser visto apenas como medio al servicio de la comunicación, para pasar a ocupar un lugar constitutivo de la realidad humana. Así, el sujeto reconocido como un efecto del lenguaje, un sujeto del lenguaje (Lacan, 2007), ha de encarnar en su estructura la crisis del lenguaje. Continuando con la novela “*El innombrable*”, Beckett acierta al poner en evidencia la atadura que representa el lenguaje para el sujeto que, en últimas, no lo puede trascender:

[...] si pudiera notarme una boca, si pudiera notarme algo, lo intentaré, si es que puedo, sé que no soy yo, es cuanto sé, **digo yo sabiendo que no soy yo**⁹, yo estoy lejos, es cuanto sé, lejos, ¿qué es lo que está lejos?, no hay necesidad de estar lejos, tal vez esté aquí, en mis brazos, mis brazos, no me noto brazos, si pudiera notarme algo, constituiría un punto de partida, un punto de partida, ah, si supiera reír, sé en qué consiste, debieron decirme en qué consiste, pero no sé hacerlo, no debieron mostrarme cómo se hace, debe ser algo que no se enseña (Beckett, 2012b, p. 208).

Beckett constata cómo el sujeto hablante, el sujeto del lenguaje, no es el sujeto: “*digo yo sabiendo que no soy yo*”. La conciencia que se alcanza a partir de entonces reconoce al sujeto que se oculta tras el sujeto del lenguaje; dicho de otro modo, quien habla no es el sujeto, sino el sujeto del lenguaje. El *giro lingüístico* en tanto conciencia frente al papel y los efectos del lenguaje como constitutivo de la realidad, devela, en el caso de la lingüística de Benveniste (1979), algo similar a lo sugerido en “*El Innombrable*” de Beckett. Benveniste (1979, p. 173) advierte que “yo significa la persona que enuncia la presente instancia del discurso que contiene yo”. Por consiguiente, el sujeto del lenguaje queda aferrado a la

⁸ Al respecto puede verse *Esperando a Godot*, una suerte de *Otro* que ya no viene para el hombre.

⁹ El subrayado no está en el original.

sustancia “yo” o “tú” que lo contiene, sustancia en que se encierra al sujeto que el lenguaje produce.

La referida crisis del sujeto debe ser entendida a partir del ingreso en la contemporaneidad del sujeto que produjo la modernidad. El sujeto moderno, tal como lo concibe Dufour (2007b), tiene una doble acepción. Por un lado, el sujeto de estirpe moderna debió enfrentar el espacio social como un espacio multirreferencial, lo que motivó la entrada en competencia de múltiples *Otros*¹⁰ frente a los cuales el sujeto se podría permitir interactuar; esto derivó en el apareamiento de la dimensión crítica del sujeto como instancia a partir de la cual se situaba respecto de los *Otros* en competencia. Por otro lado, el sujeto en la modernidad debió asumir el costo de los imperativos morales que los *Otros* que le trascendían con regularidad le exhortaban a cumplir; esto se tornó en la deuda simbólica con el *Otro*, una deuda que, difícil de pagar, instala en el sujeto la dimensión de la culpa respecto del *Otro* que le trasciende. Es así que, para Dufour (2007b, p. 63), “el sujeto Freudiano (preso de la culpa) y el sujeto Kantiano (sometido a la moral) forman una pareja” a partir de la cual se constituye al sujeto moderno.

La versión del sujeto moderno con su doble acepción, es decir, tanto crítico como neurótico, tras el ingreso en la denominada contemporaneidad, dio comienzo a su desvanecimiento. Para Dufour (2007b) la caída de los grandes referentes, de esos *Otros* que permitieron organizar la economía simbólica del “yo” en la modernidad, fue propiciada por la barbarie que en la primera mitad del siglo XX tuvo lugar en las entrañas de la civilización Occidental. Vista así, la barbarie en sus múltiples matices desvirtuó la fuerza bajo la cual se revestían los grandes *Otros*. Si bien en el mundo contemporáneo aún persisten tales metarrelatos, los sujetos no encuentran en los *Otros* la potencia desde dónde organizar sus intercambios simbólicos como sucediera en la modernidad. La crisis del lenguaje, y por tanto una consecuencia suya, la crisis del sujeto, advienen de la crisis de los grandes sujetos, es decir, a lo que se asiste es a una crisis del *Otro*, de la referencia fundadora.

Esta crisis ha redefinido el espacio en donde el sujeto era sujetado a los referentes, a los *Otros*. El sujeto, en este sentido, se encuentra en un espacio que ya no es crítico ni neurótico, es más bien “un espacio anómico, sin referente y sin límite donde todo se invierte” (Dufour, 2007b, p. 70). El nuevo espacio donde ocurre la sujeción del sujeto se caracteriza, más bien, por la presencia hegemónica del mercado y su dinámica ampliada de la mercancía. El mercado se presenta entonces como una especie de *Otro*, una suerte de referente para que

¹⁰ Polis, Dios, Rey, Nación, Raza, Razón, por mencionar algunos.

la sujeción acontezca. Sin embargo, el metarrelato del mercado no se hace cargo del mito del origen y de la salida tal como lo hicieran los metarrelatos modernos; en su lugar, el mercado delega en el propio sujeto la función de hacerse cargo de la propia fundación de tales mitos. La autorreferencialidad es entonces una condición resultante del sujeto que en la contemporaneidad, chapoteando en las aguas del mercado, se hace cargo de sí mismo, de la fundación de su dimensión subjetiva. Dicho en otros términos, la autorreferencialidad constituye el pasaje de alteridad a la mismidad.

La tensión modernidad/posmodernidad, acentuada con mucha mayor fuerza por los *mass media* en tanto que potencian la producción de nuevas *formas-de-ser-en-el-mundo*, reescribe para el sujeto su espacio narratológico. Si la subjetividad moderna encontró en la figura del *Diario* una forma de expresión de la individualidad y en la biografía un signo de la relación de alteridad (el *yo es otro* Rimbaudiano), la subjetividad contemporánea o posmoderna encuentra en los blogs y la autobiografía, por señalar algunos nuevos espacios narratológicos o de inscripción de la subjetividad, modos de ser que habilitan en el sujeto una nueva manera de conocerse no por el camino de alteridad, sino por el de la mismidad. Es esta nueva condición del sujeto en la cultura la que permite a Arfuch (2010) señalar el pasaje del espacio biográfico homogéneo al múltiple.

No obstante, es el mercado el que desempeña un tarea esencial para este nuevo sujeto y su forma de advenir al mundo. El mercado entonces se presenta como un espacio en red desde donde es posible realizar múltiples conexiones. Este espacio instala al sujeto en una dimensión horizontal, un espacio liso en donde logra realizar todo tipo de conexiones. Conectarse a esta red sobreviene ya no desde los referentes que trascendían al sujeto, sino a partir de su autorreferencialidad, de su mismidad y de la conquista de la escritura de sí mismo (la autobiografía en el plano literario y el genoma en el plano biológico constituyen expresiones de esta nueva *grama*). El espacio social como red por el que se desliza el sujeto contemporáneo se caracteriza por su multiplicidad gestada en la forma fractal que asumen las conexiones; estas dependen de otras conexiones, dado que el espacio no posee una unidad orgánica fruto de su exterioridad; este espacio, en términos topológicos, carece de homogeneidad; esta red está en constante movimiento, lo que implica que los centros de enunciación del sujeto no sean fijos.

Al contemplar de esta manera el nuevo escenario donde el sujeto adviene como tal, lo que se advierte es que en la contemporaneidad se asiste a una nueva concepción de la sujeción. En consecuencia, la autorreferencialidad en este espacio en red implica la supresión del *Otro*. Lo terciario como condición para el acontecimiento del sujeto a partir de una

ordenación de tipo referencial, parece va camino de su conclusión; en su lugar, el nuevo sujeto se manifiesta de manera autorreferenciada prescindiendo por tanto del *Otro*. Al respecto, Dufour (2007b) se percata:

Encuentro que la mejor ilustración de esta situación es la nueva definición del sujeto hablante dada por el gran lingüista Benveniste después de la Segunda Guerra Mundial: <<es yo quien dice yo>>. El sujeto que habla, en la posmodernidad, ya no se define heterorreferencialmente sino autorreferencialmente. Dando esta nueva definición, Benveniste en cierto modo convalidó el advenimiento de un nuevo sujeto hablante, definible de manera autorreferencial, al conferirle sus derechos semióticos (101).

Situado en sí mismo, el sujeto prescinde de cualquier *Otro* a partir del cual otrora pudo encontrar un punto de apoyo para sus intercambios simbólicos. En igual sentido ocurre en la obra del poeta francés Antonin Artaud quien se torna autor de su propio nacimiento: “Yo, Antonin Artaud, soy mi hijo, mi padre, / mi madre, / y yo” (Derrida, 1989, p. 264). De esta forma, si la casa del lenguaje, como consecuencia de la crisis por la que debió atravesar, se volvió inhabitable, el sujeto del lenguaje quedó expuesto a una serie de discontinuidades, en donde el “yo” de manera autorreferenciada produce su identidad de forma múltiple. Ello supone el ingreso a una época en la que el *sí mismo* es uno y varios de manera simultánea. Si la modernidad se caracterizó por contar con un sujeto neurótico y crítico, la contemporaneidad ha producido entonces un sujeto esquizofrénico y acrítico. El desplazamiento de la sujeción a partir de un referente hacia una multiplicidad de conexiones y desconexiones que toman como punto de partida y de llegada al sujeto, es decir, la autorreferencialidad, terminó implicando una ampliación de la interioridad al borrar la resistencia que impusiera cualquier referente.

No obstante, este nuevo espacio al que adviene el sujeto de la cultura contemporánea aún sigue resquebrajándose por los interrogantes que formulara Beckett “¿Dónde ahora? ¿Cuándo ahora? ¿Quién ahora?”. El “yo” tal como se muestra a lo largo de “*El innombrable*” es sometido a su disolución, pues la tarea Beckettiana es erosionar toda entidad figurativa y el “yo” lo está en primer lugar. Si Arfuch (2010) hace notar el giro hacia lo múltiple del espacio biográfico contemporáneo, Lejeune (1994) revela que la verdad en todo ejercicio autobiográfico es apenas una verdad de lenguaje. Es justo esta la lección de Beckett: la instancia discursiva “yo” permite indexar una ficción: “digo yo sabiendo que no soy yo”.

Establecidas las coordenadas de este escenario en donde se inscribe la mutua co-pertenencia entre el sujeto y la cultura contemporáneos, en los acápites siguientes se tratará de ilustrar la operación que sobre el sujeto realiza lo que se ha de llamar el dispositivo Laclau-

Mouffe puesta en diálogo con el también dispositivo Beckett. Esto con el fin de hacer evidente, no solo la forma en que una de las principales elaboraciones teóricas en el campo de la teoría social aborda la cuestión del sujeto, sino también poder advertir los efectos que sobre esta teorización arrastra *la subjetividad de la época*.

La operación sobre el sujeto en el dispositivo Laclau-Mouffe

A riesgo de proponer un reduccionismo, lo que en todo caso es necesario al menos como recurso analítico, es posible advertir que el aporte de Laclau y Mouffe (2004) consiste en llevar al terreno de *lo social* lo propio que Lacan hiciera con el sujeto. Esta operación supuso advertir que así como el sujeto está atravesado por una imposibilidad constitutiva, la ontología de lo social también se encuentra agujereada, está atravesada por una falta. Esto es, que así como el sujeto es sujeto de la falta (S/) el *Otro* en última instancia también está *barré* (O/). Lo sociedad entonces no logra ser transparente, en modo alguno consigue “ser idéntica a sí misma” (Laclau & Mouffe, 2004, p. 154). La consecuencia de esta operación sobre la sociedad, es poner en evidencia que esta carece de esencia, es *imposible*.

De esta forma, el dispositivo Laclau-Mouffe pone en marcha una distinción analítica de diversos efectos. La distinción entre *lo social* y *la sociedad* permite que este dispositivo ponga en evidencia los estratos superpuestos sobre los que se conforma la realidad social. Lo social adviene como resto que no logra fijarse, no obstante lo cual es necesario para producir a la sociedad aún aceptando su imposibilidad. Así, *lo social* está constituido por una aporía: al tiempo que es instituyente también es destituyente. Es en razón de esta doble condición de *lo social* que su lugar es lo ubicuo, lo que implica que estando dentro es un exceso que disloca, agujerea la estructura de la sociedad, mientras estando fuera es lo excluido de la estructura que asegura la existencia de esta. *Lo social* entonces no puede ser inscripto en la topografía social, es flujo permanente carente de centro.

El acontecimiento de la sociedad ocurre sobre una superficie dislocada, por lo que para el dispositivo Laclau-Mouffe la estructura social no está suturada. *Lo social* que la excede permite entrever que los lazos que la integran carecen de esencia, cuyo efecto sobre las condiciones de existencia de la estructura es que esta permanezca abierta. Sin embargo, no debe perderse de vista que la operación del dispositivo Laclau-Mouffe es sobre la conformación de las subjetividades políticas, lo que siempre va a requerir grados diversos de sedimentación. Al respecto, Laclau (2000) distingue *lo social* en este caso como las formas sedimentadas de la “objetividad”, mientras que *lo político* establece el momento del antagonismo. A pesar de este giro con respecto al dispositivo Laclau-Mouffe, la consideración

de Laclau (2000) asiste en la idea de identificar el momento de lo establecido frente al momento de lo disruptivo. Lo que tiene lugar ahora en el dispositivo es diferenciar la dispersión y la regularidad frente a la operación que se ejerce sobre el campo de la discursividad, esto es, sobre lo social en donde los significantes flotantes fluyen en un cause irrefrenable. Esta operación de sedimentación es la formación discursiva, en donde todo elemento de la dispersión es fijado en un momento de la regularidad.

El dispositivo Laclau-Mouffe establece entonces el abordaje de la imposibilidad de la sociedad por el camino de la intervención de la formación discursiva, o lo que es lo mismo por intermedio de una operación de discurso. Como resultado de esta operación articuladora de los elementos del campo de la discursividad en momentos, el flujo de los significantes flotantes se detiene parcialmente a partir de la mediación de un significante que pasa a ocupar una posición de exclusión al tiempo que fija el sentido. No obstante, debe considerarse que esta fijación siempre es parcial, con motivo del carácter relacional y no esencialista de las identidades y por la irrupción del campo de la discursividad que ocasiona la imposibilidad de alcanzar la completud al ocurrir un deslizamiento de un elemento a un momento.

De esta manera el dispositivo Laclau-Mouffe opera discursivamente, sin circunscribirse de forma exclusiva al terreno de lo lingüístico. Tras el funcionamiento de los engranajes del dispositivo se advierte la imposibilidad de lo social, en tanto que *lo social* es siempre exceso inarticulable y todo intento de fijación es siempre parcial. Es en este punto del funcionamiento del dispositivo que tiene ocurrencia la operación sobre el sujeto al que se le inscribe como “‘posiciones de sujeto’ en el interior de una estructura discursiva” (Laclau & Mouffe, 2004, p. 156). Bajo esta operación el sujeto apropiado como *posición de sujeto* es hecho equivalente a *posición discursiva*. Lo que implica compartir con el discurso no solo su condición no esencialista y por tanto abierta, sino también estar dominado por la misma imposibilidad a la que está condenada toda formación discursiva en la medida que *lo social* al tiempo que instituye pone en marcha los mecanismos de su desinstitución.

De este modo, es necesario percatarse acerca de las consecuencias que esta intervención del dispositivo Laclau-Mouffe tiene sobre la cuestión sujeto. De hecho, podría advertirse como efecto de esta operación una suerte de ausencia en este dispositivo del encuadre de la *subjetividad de la época*, lo cual es un punto a considerar si de lo que se trata es de la construcción de subjetividades políticas. A su favor se podría plantear que no es una preocupación de este dispositivo el análisis de la cultura, no obstante lo cual debería recordarse la naturaleza subversiva del psicoanálisis y el conjunto de malas noticias sobre la cuestión del sujeto de la que es portador (Alemán, 2013). En este sentido, los acápites

siguientes suponen un intento de dialogar con en el dispositivo Laclau-Mouffe para hacer visibles sus ausencias.

La operación sobre el sujeto en el dispositivo Beckett

No suele atribuírsele cualidades analíticas a los productos culturales, a falta de una mejor expresión. Sin embargo, “toda obra participa de la red simbólica, produce y es producida por el discurso social, y esto es lo que hace que una obra sea representativa de la tendencia de su tiempo” (Assef, 2013, p. 22). En esta medida, la operación adelantada por el dispositivo Beckett acerca del sujeto hace posible advertir la subjetividad que empieza a tomar forma en Occidente pasada la Segunda Guerra Mundial. Dufour (2007) refiere que la época que despunta a partir de la segunda mitad del siglo XX es un periodo caracterizado por la disolución de las bases en las que se había edificado la denominada época moderna; por lo que el ingreso en la *época de la caída de los metarretalos* no podría haber dejado indemne a la forma sujeto.

El dispositivo Beckett se constituye en una operación sobre el lenguaje cuyo resultado fue advertir sobre la problemática por la que debió hacer tránsito el sujeto y las subsecuentes torsiones sobre su matriz subjetiva: “[...] soy palabras, estoy hecho de palabras, de palabras de los demás, ¿qué demás?, el sitio también, el aire también, las paredes, el suelo, el techo, palabras, todo el universo está aquí, conmigo [...] soy todas esas palabras, todas esas extrañas palabras, este polvo de verbo [...]” (Beckett, 2012a, p. 182). Así, no solo se trató en el periodo de posguerra de la reorganización geopolítica del mundo, sino también percatarse que la herida que infringió la *experiencia concentracionaria* al seno de la cultura occidental avivó *el malestar en la palabra*¹¹, lo que sin lugar a dudas supuso pensar de nuevo al sujeto al advertirse la crisis del lenguaje¹² por la que todavía hoy hace tránsito.

¹¹ Sobre este malestar puede consultarse el trabajo de Tubert (1999) acerca de lo que se gestaba en los diversos ámbitos del pensamiento en la Viena finisecular. A propósito de uno de los autores vieneses, Hugo Von Hofmannsthal y su famosa “Carta de Lord Chandos”, Tubert (1999) sostiene: “La crisis del lenguaje que describe el texto entraña asimismo una auténtica crisis de identidad: el autor de la carta ya no se reconoce, apenas sabe «si aún soy el mismo». El abismo que lo separa de las palabras, los conceptos y los demás seres crea un vacío en su propia interioridad, de la que ya no surge de una manera inmediata, como antes, la forma que condensaba la poesía y la verdad en su producción literaria [...] las palabras no le permiten expresar las cosas que tienen mayor importancia, la significación de la vida, los valores esenciales, ni tampoco dar cuenta de lo que él mismo experimenta. Sin embargo, para quien queda al margen del universo lingüístico, la existencia sólo puede ser solitaria, insignificante, maquinal.” (p.126-127).

¹² No debe olvidarse que las vanguardias literarias de principios del s.XX se constituyeron en diversos dispositivos críticos no solo de la expansión de la racionalidad instrumental y del discurso científico (como en el caso de los dadaístas), sino también del agotamiento de la palabra, de su contaminación y participación en la *negra leche del alba* para recordar los versos del poeta Paul Celan.

Si el dispositivo Laclau-Mouffe centra su operación sobre la construcción de las subjetividades políticas bajo una nueva concepción de la sociedad por la vía del reconocimiento de su imposibilidad y en un momento en el que el pensamiento de la diferencia se imponía en el horizonte, el dispositivo Beckett no solo representó una clausura sobre la modernidad literaria, sino también que se constituye como un hecho político de amplio interés: seres que se resisten a entrar al lenguaje como en la voz de *El Innombrable*, seres marchitos ante la espera de un *Otro* que ya no viene como en los personajes de *Esperando a Godot*, o personajes condenados a la experiencia del absurdo ante la ausencia de un *Otro* que ya ni siquiera existe en el discurso al menos como nombre para un vacío como en *Fin de partida*.

El viraje entre estos dos dispositivos yace en los *a priori* en los que ambos se sustentan. Mientras que el giro del *sujeto* a las *posiciones de sujeto* en el dispositivo Laclau-Mouffe necesariamente requiere de un sujeto plenamente constituido que pueda articularse a las formaciones discursivas asegurándose como “yo” (je) en el discurso, el dispositivo Beckett pone a andar seres averiados en los que el “yo”(moi) no existe de forma consistente (no es muy seguro que la voz narrativa de *El innombrable* se haya procurado un cuerpo propio) lo que los inhabilita para alcanzar la consistencia en el espacio y la subsistencia en el tiempo del discurso, es decir ingresan, si es que lo hacen, con un “yo” (je) averiado al universo simbólico. Lo que está en juego entre estos dos dispositivos es, en esencia, la *subjetividad de la época*.

El sujeto en las sociedades en donde predomina la democracia de masas tiende cada vez más a ser un sujeto equipado con una matriz simbólica averiada (Dufour, 2002). Es lo que hace evidente el dispositivo Beckett, develar a un sujeto que no logra proveerse de un significante amo (S1 en el álgebra lacaniana) que ocupe la posición de agencia, o lo que es lo mismo no está en la posición de asumirse como sujeto de la acción. El dispositivo Beckett devela aquello que sucede con el sujeto del agotamiento, de la inmovilidad en el que se atrofia todo signo de acción. Esta característica ha sido destacada en la novela contemporánea que se ha ocupado de la disolución de la capacidad expresiva, de las fisuras del lenguaje y del deterioro de la identidad al punto de su pérdida. Los personajes de este tipo de novelas se encuentran situados en el punto del no retorno; dicho de otro modo, son seres por entero fragmentados (Cruz Kronfly, 2007). Esta es la *subjetividad de la época* gestada ante la expansión de la democracia de masas, de la autonomía jurídica y de la economía mercantil que pone a funcionar las economías psíquica, simbólica y política con el código de su propia escritura (Dufour, 2002, 2007b). Es este, en efecto, el telón de fondo en el que tendrán que

constituirse las subjetividades políticas que asuman las malas noticias que tiene el psicoanálisis acerca del sujeto (Alemán, 2012, 2013, 2014).

Los pliegues del sujeto (Deriva 1)

La operación del dispositivo Laclau-Mouffe sobre el sujeto al reescribirlo como *posición de sujeto*, lo que supone inscribirle como *posición de discurso*, implica el reconocimiento tan solo del sujeto del enunciado quedando por tanto diluido el sujeto de la enunciación. Debe advertirse que ante todo acto de enunciación y por tanto posición que asume en el discurso el sujeto en tanto “yo”(je) obedece, a lo sumo, a la garantía que ejerce una formación si se quiere prelingüística. Esta formación no es otra cosa que el ensamblaje del “yo” en el estadio del espejo. Antes de la emergencia del sujeto en el ámbito de lo simbólico, debe advenir el “yo” en el ámbito de lo imaginario. Esta operación es necesaria en la medida que el “yo” opera por la vía del desconocimiento y resulta ajeno a toda filosofía del *cogito* (Lacan, 2007), lo que implica que en él se borren las huellas de su emergencia: los pliegues que se tejen entre el cuerpo propio y la imagen especular. Este pasaje es asegurado por las cadenas a las que es sometido el yo ideal que domina en el registro imaginario, por la contención que es llevada a cabo con los candados que la cultura impone como ideales del yo al momento de su ingreso al registro simbólico.

Ante el avance de la *subjetividad de la época* deben advertirse los efectos de la erosión de los ideales del yo y la cada vez más avanzada asunción al cenit social (*sociósfera*) de un sujeto que gravita en torno a su yo ideal (cada vez hay menos sujeto para contener el avance del narcisismo del “yo”). Si el sujeto lacaniano es *lo que representa un significante para otro significante* (S1 - S2) como condición necesaria para el establecimiento del lazo social por la vía de la diferencia, no debe olvidarse que lo imaginario instituye un lazo binario entre el “yo” y su imagen especular, es decir hace *Uno* en tanto que pertenece al terreno de la semejanza. Ante la emergencia de una *sociedad de únicos* como ocurre cada vez más en las sociedades de democracia de masas, el *ser-en-conjunto* está siendo cada vez desplazado como posibilidad ontológica para la organización de la vida en colectivo.

De la época del Otro que no existe (Deriva 2)

Ante el avance en la *subjetividad de época* de un *Otro que no existe*, como lo hace notar el dispositivo Beckett, deben advertirse las consecuencias políticas que de esto se derivan. En tal sentido, si el dispositivo Laclau-Mouffe pone el acento en la construcción de las subjetividades políticas tendrá que indagarse acerca de qué *Otros* están disponibles, cuáles

son los garantes simbólicos que habilitan y hacen posible los intercambios subjetivos. La condición neoténica del hombre lo ha llevado a fabricar en el terreno del relato aquellos *Otros* a los cuales alienarse, pues su condición de producirse como sujeto en el discurso siempre es una posición de sumisión (Dufour, 1999). No obstante, y tal como lo hace ver el dispositivo Beckett, el *Otro* no llega, lo que condena al sujeto a tener que arreglárselas con su ausencia y con las consecuencias que tal hecho implica: el aumento de la agresividad propia del registro de lo imaginario o el deslizamiento hacia la psicosis, obsesiva para aquellos que reclaman insistentemente el retorno del *Otro* sin lo cual no pueden organizar su universo simbólico, o perversa para aquellos que se asumen, siendo apenas un pequeño *otro*, como la figura del gran *Otro* (Dufour, 2002).

Si la palabra funciona como contrato, lo es en la medida en que posibilita el lazo social en tanto que el *Otro* como garante simbólico asegura que los sujetos hablantes (*parlêtre*) puedan llevar a cabo sus intercambios intersubjetivos. Sin embargo, no puede perderse de vista que el ingreso en la segunda mitad del siglo XX supuso una suerte de avería en lo simbólico: “A medida que la conciencia occidental se independiza de los recursos del lenguaje para ordenar la experiencia y dirigir los negocios del espíritu, las palabras mismas parecen haber perdido algo de su precisión y vitalidad” (Steiner, 1990, p. 50). Esta crisis de la palabra repercute en la forma en que pueden ser interpelados los individuos para que asuman su lugar como sujetos. Son estos dos momentos los que resultan críticos en el dispositivo Laclau-Mouffe con relación al sujeto: por un lado es su centralidad en el discurso, de la cual se ocupa Zizek (2000); y por el otro es la dificultad de asignarle un lugar a la interpelación althusseriana, lo que ocasiona que el dispositivo realice su operación solo entre pequeños *otros* ante la ausencia de un gran *Otro* que los interpele (Livszyc, 2011).

Conclusiones provisionales

El dispositivo Laclau-Mouffe ha aportado de forma significativa a pensar la sociedad por la vía del reconocimiento de su imposibilidad. Este aporte se desliza en una suerte de tránsito en la comprensión del sujeto en Lacan para resituarlo en el terreno de pensar la sociedad. Aporte de gran valía si se atiende la condición de *abierto* con la que se pasa a comprender *lo social* y las identidades. No obstante, este ejercicio analítico se propuso pensar este dispositivo con respecto a la *subjetividad de la época*. Así, con este dispositivo se hace notar que no solo el sujeto está en falta (S/) sino también que la sociedad está *barré* (O/), de lo que se derivan diversas consecuencias en relación con la construcción de las subjetividades políticas; por ejemplo que las identidades tan solo podrán darse a través de procesos de

identificación y que su significado es apenas parcial en razón de un exceso en lo social que no puede ser contenido por las prácticas articulatorias.

Sin embargo, mientras en el dispositivo Laclau-Mouffe el sujeto que ocupa una *posición de sujeto* lo hace en la medida en la que la maquinaria del lenguaje funciona, lo que implica que el sujeto no entra en contacto directo con las aporías del lenguaje, no se percata de los efectos de los pliegues del lenguaje (los deícticos), es decir, no está expuesto a la forma unaria porque aunque la sociedad esté *barré (O/)* es un *Otro* que se hace cargo y libra al sujeto de la locura de estas aporías; es decir, aún funciona como significante amo (S1). Mientras que el dispositivo Beckett opera sobre un sujeto atrofiado, un sujeto que se resiste a las aporías del lenguaje, es decir se resiste a la forma sujeto y no espera ya nada porque su aparato simbólico está averiado. En consecuencia, el dispositivo Beckett advierte lo que tiene ocurrencia en las sociedades donde opera la democracia de masas: el *Otro* no es sino el nombre para un gran vacío y el sujeto desde ahora tendrá que hacerse cargo de su autofundación, el altamente publicitado *sé tú mismo*.

Si el psicoanálisis ha denominado esta época como la época en la que *el Otro no existe*, es decir aquello que ya había previsto el Lacan de los *Complejos Familiares* como la crisis del Nombre-del-padre, es decir de la función paterna que no es otra cosa que la Ley de la que es portador el significante amo (S1), deben considerarse las consecuencias políticas respecto de la construcción de las subjetividades en razón de la forma sujeto en la que estas se sustentan. De esto ha dado cuenta la filosofía, en el caso de Dufour (2007b), al advertir las consecuencias de la desimbolización de la sociedad como resultado de la expansión de neoliberalismo al cenit social. Por su parte, Melman (2003) y Lebrun (2003) coinciden en que la economía psíquica ha sufrido importantes modificaciones tanto en la forma de administración del goce que en la actualidad tiene ocurrencia por la vía de su promoción, como de la subversión de las leyes del lenguaje y sus metamorfosis en una suerte de *neolengua* a la manera Orwelliana.

El dispositivo Beckett pone en alerta la operación a través de la cual hoy se debaten las subjetividades averiadas: “[...] El hecho parece ser, si en la situación en que me encuentro se puede hablar de hechos, no sólo que voy a tener que hablar de cosas de las que no puedo hablar, sino también, lo que aún es más interesante, que yo, lo que aún es más interesante, que yo, ya no sé, lo que no importa. Sin embargo, estoy obligado a hablar [...]” (Beckett, 2012a, p. 44). Así, una forma conveniente para resituar el dispositivo Laclau-Mouffe es en y a través de la *subjetividad de la época* en una suerte de conciencia sobre las anomalías que constituyen

a la forma sujeto, lo que no es sino asumir las malas noticias que el psicoanálisis trae sobre el sujeto en este presente neoliberal (Alemán, 2014).

Bibliografía

- Alemán, J. (2012). Soledad: común. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Alemán, J. (2013). Conjeturas sobre una izquierda lacaniana. Buenos Aires: Gramma.
- Alemán, J. (2014). En la frontera: sujeto y capitalismo. Buenos Aires: Gedisa.
- Arfuch, L. (2010). El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.
- Assef, J. (2013). La subjetividad hipermoderna: una lectura de la época desde el cine, la semiótica y el psicoanálisis (1ra ed.). Buenos Aires: Gramma Ediciones.
- Beckett, S. (2012a). El Innombrable. Barcelona: Alianza Editorial.
- Beckett, S. (2012b). El Innombrable. Barcelona: Alianza Editorial.
- Beckett, S. (2012c). Molloy. Barcelona: Alianza editorial.
- Benveniste, É. (1979). Problemas de lingüística general. México D.F: Siglo Veintiuno.
- Celan, P. (2013). Obras completas. Madrid: Trotta.
- Cruz Kronfly, F. (2007). La derrota de la luz: ensayos sobre modernidad, contemporaneidad y cultura. Cali: Editorial Universidad del Valle.
- Cyrułnik, B. (2004). Del gesto a la palabra: la etología de la comunicación en los seres vivos. Barcelona: Gedisa.
- Derrida, J. (1989). La Escritura y la Diferencia. Barcelona: Anthropos.
- Dufour, D.-R. (1999). Cartas sobre la naturaleza humana para uso de los sobrevivientes.
- Dufour, D.-R. (2002). Locura y democracia: ensayo sobre la forma unaria. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Dufour, D.-R. (2007a). Crítica de la postmodernidad. Gobernancia y gobierno. Santiago de Cali: Universidad del Valle.
- Dufour, D.-R. (2007b). El arte de reducir cabezas. (1ra Reimpr ed.). Buenos Aires: Paidós.

- Dufour, D.-R. (2007c). "El inconsciente es la política". Desde el jardín de Freud: revista de psicoanálisis(7), 241-256.
- Gergen, K. J. (2006). El yo saturado: dilemas de identidad en el mundo contemporáneo. Barcelona: Paidós.
- Handke, P. (1970). El miedo del portero ante el penalty. Madrid: Santillana.
- Lacan, J. (2007). Escritos 1 (2a ed.). Argentina: Siglo XXI.
- Laclau, E. (2000). Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (2004). Hegemonía y estrategia socialista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Le Gaufey, G. (2010). El sujeto según Lacan (1ra ed.). Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Lebrun, J.-P. (2003). Un mundo sin límite - Ensayo para una clínica psicoanalítica de lo social. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Lebrun, J.-P. (2010). O mal-star na subjetivação. Porto Alegre: CMC Editora.
- Lejeune, P. (1994). El pacto autobiográfico y otros estudios. Madrid: Megazul-Endymion.
- Livszyc, P. (2011, 2011). El problema del sujeto y las fronteras del discurso, Buenos Aires.
- Melman, C. (2003). O homem sem gravidade: gozar a qualquer preço: entrevistas por Jean-Pierre Lebrun. Janeiro: Companhia de Freud.
- Steiner, G. (1990). Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano. Barcelona: Gedisa.
- Tubert, S. (1999). Malestar en la palabra. El pensamiento crítico de Freud y la Viena de su tiempo. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Zizek, S. (2000). Más allá del análisis del discurso Nuevas Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo (pp. 257-267). Buenos Aires: Nueva Visión.